

# “LA IDENTIDAD PERSONAL: EL NOMBRE PROPIO EL TESTIMONIO DE ANSELMO DE AOSTA Y EL SENTIDO RELIGIOSO”

*Ricardo Morales Rossell*

*Universidad Autónoma del Valle de Ecatepec*

Dice Platón que quien no se pregunta por sí mismo, no lleva una vida humana.<sup>1</sup> Si se mira bien, entonces la pregunta obligada sería ¿quién soy? “No simplemente quién es el hombre en general, sino qué debe tener la vida para que sea ‘mi vida’... qué debo hacer para que mi apariencia no sea una simple máscara sino mi verdadero rostro. Es la pregunta por el camino que debe seguir el hombre para redescubrir su identidad personal: su nombre propio”.<sup>2</sup>

La respuesta que intentaremos dar en el presente texto se inspira en rasgos fundamentales de la existencia cristiana. La tesis que late en el fondo está inspirada, en gran parte, en Hans Urs von Balthasar: la pregunta quién es el hombre no tiene solución sin la pregunta quién es el Dios que ha amado al hombre.<sup>3</sup> Y en lo que respecta a la identidad personal, recibe una respuesta en el camino personal de la propia misión.<sup>4</sup>

Para ponerlo en otros términos, el hombre es un ser llamado a la existencia. Es decir, no es un ser creado de la misma manera en que son creadas las demás realidades del mundo, sino que es querido por sí mismo, en su identidad irrepetible e irremplazable.<sup>5</sup> Es llamado en el sentido más pleno de la palabra. Y llamar es siempre poner un nombre, un nombre que de alguna manera describe y representa la identidad.<sup>6</sup>

---

<sup>1</sup>PLATÓN, Apología, 38a.

<sup>2</sup>En el “Prólogo” de Eduardo Terrasa a: LEWIS, C.S. Mientras no tengamos rostro, Rialp, Madrid, 1994, p.11s.

<sup>3</sup>“Allí donde Dios dice a un sujeto espiritual quién es éste para Él, el Dios fiel y veraz, y donde en el mismo movimiento le dice para qué existe (pues le adjudica una misión acreditada por Dios), allí se puede decir de un sujeto espiritual que es persona”. BALTHASAR, H.U. VON, Teodramática, vol. III, Encuentro, Madrid, p. 193s.

<sup>4</sup>“La misión no es el resultado de dos componentes (como con frecuencia se piensa equivocadamente): por un lado, una gracia general ofrecida a todos por igual, y, por otro, los decisivos rasgos biográficos, caracterológicos, espirituales, inherentes al individuo agraciado. La misión es más la forma (Gestalt) de la gracia particular y única dispuesta por Dios para cada enviado y pensada para él, que, por cierto, se armoniza con sus condiciones, en una armonía misteriosa, nunca definible; sobre las cuales, sin embargo, (...) puede disponer soberanamente, y ellas, por su parte, han de subordinarse por completo a la misión de ponerse a su disposición (...) Por parte del hombre se da sólo una cosa: estar totalmente a disposición de la gracia incalculable; no determinar nada, no querer adelantar nada. La naturaleza es y no deja de ser barro en las manos de Dios, y nadie fuera de Dios sabe cuál es la forma que Él sacará de ti y de mí”. En la presentación de Hans Urs von Balthasar a: SPEYR, A. VON, La misión de los Profetas, Fundación San Juan, Argentina, 1972, p. 99s.

<sup>5</sup>Constitución Pastoral Gaudium et spes, cap. I.

<sup>6</sup> Cf. TERRASA, E., La llamada de Dios como constituyente del ser persona. Llamada desde el final y a través de la historia, llamada interior y llamada exterior. [En lo consiguiente para citarlo: Llamada de Dios].

Así pues, para abordar el tema que es amplio, nos centraremos en una persona que vivió intensamente la pregunta “¿quién soy?”, respuesta plasmada en testimonio de vida y pensamiento que lo llevó a la búsqueda del rostro de Dios. Hablamos de San Anselmo, en especial en su librito, el *Proslogion*. El ámbito en que estudiaremos la pregunta por el nombre propio será el sentido religioso, definido de manera concisa como “la síntesis del espíritu”.<sup>7</sup>

## San Anselmo y el rostro de Dios

San Anselmo nació en el 1033 (o a principios del 1034) en Aosta, primogénito de una familia noble. También es conocido como Anselmo de Bec o Anselmo de Canterbury, con motivo de las ciudades con las que ha tenido relación: tres localidades, lejanas entre sí y colocadas en tres naciones distintas - Italia, Francia e Inglaterra - se sienten particularmente vinculadas a él.<sup>8</sup> Así que no parece ser un personaje cualquiera.

Quizá una de las razones por la que es más conocido sea por un pequeño libro, escrito en prosa, donde sin muchas complicaciones afirma “que Dios existe”, cosa no menos importante<sup>9</sup>, pues si Dios es<sup>10</sup>, nada es más importante para el hombre. El libro, como arriba mencionamos, se llama *Proslogion*<sup>11</sup> (compuesto entre los años 1077 y 1078). Desde entonces pocos filósofos en el transcurso de los tiempos han dejado de ocuparse de la prueba dada por Anselmo, algunos para defenderla y dar argumentos a favor, otros para atacarla y oponer duras objeciones.<sup>12</sup>

Aquí no nos ocupa tanto entrar en detalle de la prueba dada por San Anselmo, sino concentrarnos en su itinerario espiritual, es decir, no es

<sup>7</sup>Cf. GIUSSANI, L., *La conciencia religiosa en el hombre moderno*. Encuentro, Madrid, 1990, p.16. Y también, del mismo autor: *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid, 1978. El sentido religioso es propio de la naturaleza del hombre, es una actitud natural del ser humano para percibir nuestra relación con la trascendencia, con la divinidad (lo que otros autores han llamado de manera general: deseo o inclinación natural hacia Dios). El sentido religioso se halla en el nivel de las preguntas donde aparece un adjetivo (o adverbio) muy importante: “¿cuál es el sentido exhaustivo de la existencia?, ¿cuál es el significado último de la realidad?, ¿por qué en el fondo merece la pena vivir?”; son preguntas que el hombre no puede evitar dar una respuesta de algún modo, quizá en ocasiones sólo las supone en la vida práctica, pero de cualquier modo orientan la existencia, pues apuntan no a bienes finitos, sino al bien fundamental de la vida toda: el Bien final y definitivo.

<sup>8</sup>Cf. Catequesis del Papa, “Benedicto XVI: San Anselmo, teólogo, maestro y pastor valiente”. En Audiencia General, miércoles 23 de septiembre, 2009.

<sup>9</sup>Cf. MARIAS, J., *San Anselmo y el insensato: y otros estudios de filosofía*, Revista de Occidente, Madrid, 1944, p. 5s

<sup>10</sup>...“aliquid quo maius cogitare potest”, *Proslogion*, II.

<sup>11</sup>“Proslogion” en griego, “alocución” en castellano; la intención inédita de San Anselmo significa: “un razonamiento dirigido a otros”. Cf. ANSELMO, San, *Proslogion*, EUNSA, Navarra, 2002, p. 35.

<sup>12</sup>Sólo para confrontar un ejemplo, véase el estudio: SEIFERT, J., “Kant und Brentano gegen Anselm und Descartes. Reflexionem über das ontologische Argument”, en: *Theologia* (1985), pp. 878-905. Existe traducción al español en *Thémata*, 2 (1985), pp. 129-147. Y también: ROVIRA, R., *La fuga del no ser*, Encuentro, Madrid, 1991, pp.17 ss.

nuestro objetivo hacer un detenido análisis del argumento, estudiar su alcance probatorio y sus distintas formulaciones y críticas, sino más bien examinar el “sentido religioso” presente en el Proslogion, lo que con otras palabras podemos decir que lo que pretendemos es introducirnos en el alma de un cristiano que además de creer, quiere entender lo que cree<sup>13</sup>: “No pretendo, Señor, penetrar en tu profundidad, porque de ninguna manera comparo mi entendimiento con ella; pero deseo de alguna manera entender tu verdad, la verdad que cree y ama mi corazón”<sup>14</sup>. ¿Qué es lo que mueve su búsqueda?, ¿cuáles son los “supuestos” del argumento anselmiano?, ¿qué es menester para que pueda pensarse, para intentar la prueba: “que Dios existe verdaderamente; que es el Bien supremo no necesitado de nada, y de quien todas las cosas necesitan para ser, y para ser felices”<sup>15</sup>? Aquí hay una clave para entender ¿quién es San Anselmo? No olvidemos que lo que intentamos es dar luces a la pregunta ¿quién soy?, ayudados de la propia experiencia de Anselmo de Aosta.

Nos puede ayudar tener como cabecera la siguiente petición de Anselmo en el mismo Proslogion: “Dios, te lo ruego, quiero conocerte, quiero amarte y poder gozar de ti. Y si en esta vida no soy capaz de ello plenamente, que al menos cada día pueda progresar hasta cuando llegue a la plenitud” (cap.14). Parece pues, que Anselmo intuye que ésta vida es un peregrinar, un encontrar la esencia de la propia vida en el conocimiento y amor del Otro, un caminar con Él hasta el final.

### **Exhortación del espíritu a la contemplación de Dios**

Es significativo que el título del primer capítulo del Proslogion (*Excitatio mentis ad contemplandum Deum*), San Anselmo lo inicia con una invitación del espíritu a buscar el rostro de Dios: “Vamos, hombre insignificante, sal un poco de tus ocupaciones, escóndete un momento de tus tumultuosos pensamientos... Deja libre un momento para Dios, y descansa un poco en Él. ‘Entra en el santuario’ de tu alma, deja fuera todo excepto a Dios y lo que te ayude a encontrarle y, cerrada la puerta, búscale. ¡Oh corazón mío!, di con todas tus fuerzas,

<sup>13</sup>“Neque enim quaero intelligere ut credam, sed credo ut intelligam”, Proslogion, I.

<sup>14</sup>“Non tento Domine, penetrare altitudinem tuam, quia nullatenus comparo illi intellectum meum; sed desidero aliquatenus intelligere veritatem tuam, quam credit et amat cor meum”, Proslogion, I (el subrayado es mío).

<sup>15</sup>“...quia Deus vere est, et quia est summum bonum nullo alio indigens, et quo omnia indigent ut sit et ut bene sint...”, Proslogion, prólogo.

di ahora a Dios: ‘Busco tu rostro; tu rostro, Señor, deseo’<sup>16</sup>”. Todo esto, de inicio, supone al menos una cosa: que no se tiene a Dios, pero no desde una nada absoluta, sino desde una ausencia.

Es una privación de Dios, pero de algún modo se le tiene aunque deficientemente: se siente su ausencia, se experimenta vivamente la nostalgia de no ver Su rostro, “si estás en todo lugar, ¿por qué no te veo presente?... Nunca te he visto, Señor Dios mío, no conozco tu semblante. ¿Qué hacer, oh Señor sublime, qué puede hacer este tu lejano desterrado? ¿Qué puede hacer tu siervo, ansioso de tu amor y expulsado lejos de tu semblante?”<sup>17</sup>.

Este sentir a Dios oculto es el único suelo sobre el que puede fundarse el argumento; y de esta situación fundamental pende todo él. San Anselmo parte de Dios, no su demostración, sino él mismo, Anselmo, comienza desde su situación de no haber visto nunca a Dios<sup>18</sup>: “En definitiva, he sido creado para verte, pero no he realizado todavía aquello para lo que fui creado”<sup>19</sup>, y esta privación es algo anormal que requiere justificación. En el fondo, Dios permanece oculto a la mirada de Anselmo a causa del pecado.

El pecado no es sólo humo que impide la visión de Dios<sup>20</sup>, que deteriora la imagen de Dios en el interior del hombre, sino también y ante todo, una efectiva expulsión y caída: “¡Desgraciados: de dónde hemos sido expulsados y a dónde hemos sido empujados!; ¡de dónde precipitados, y en dónde sumergidos!: de la patria al exilio, de la visión de Dios a nuestra ceguera; de la alegría de la inmortalidad a la tristeza y el horror de la muerte”<sup>21</sup>. Y justo así se entiende que la “patria” donde pertenecemos es Dios mismo, de quien se puede ser “desterrado”: Dios oculta su rostro ante nosotros, y nuestra mirada nublada no lo puede ver. Éste es nuestro exilio: privarnos de la visión de Dios y quedar en sombras. Dios mismo es nuestra luz, y sin Él no podemos ver.

<sup>16</sup>“Eia nunc, homuncio, fuge paululum occupationes tuas, absconde te modicum a tumultuosis cogitationibus tuis... Vaca aliquantulum Deo, et requiesce aliquantum in eo. ‘Intra in cubiculum’ mentis tuae, exclude omnia praeter Deum et quae te iuvent ad quaerendum eum, et clauso ostio quaere eum. Dic nunc totum cor meum, dic nunc Deo: ‘quaero vultum tuum; vultum tuum Domine, requiro’”, Prosligion, I.

<sup>17</sup>“Si autem ubique es, cur non video praesentem?... Numquam te vidi, domine deus meus, non novi faciem tuam. Quid faciet, altissime domine, quid faciet iste tuus longinquus exsul? Quid faciet servus tuus anxius amore tui et longe protectus a facie tua?”, Prosligion, I.

<sup>18</sup> MARIAS, J., San Anselmo y el insensato..., p. 8.

<sup>19</sup>“Denique ad te videndum factus sum, et nondum feci propter quod factus sum”, Prosligion, I.

<sup>20</sup>“Offuscata fumo peccatorum”, Prosligion, I.

<sup>21</sup>“Aerumnosi, unde sumus expulsi, quo sumus expulsi! Unde praecipitati, quo obruti! A patria in exsiliium, a visione dei in caecitatem nostram. A iucunditate immortalitatis in amaritudinem et horrorem mortis”, Prosligion, I. (el subrayado es mío).

Así pues, Dios está escondido, ausente, y sin el rostro de Dios el hombre queda sin luz, oscuro y torpe cae dolorosamente; y este caer es en sí mismo<sup>22</sup> : “¿Qué es lo que he emprendido, y qué he conseguido?... Me dirigía hacia Dios, y tropecé conmigo mismo. Buscaba descanso en mi soledad, y he encontrado tribulación y dolor en mi intimidad”<sup>23</sup>. La privación de Dios no es una simple ausencia sin más, sino una dolorosa pérdida, un sin sentido que impregna la vida toda, pues no estamos dónde realmente pertenecemos. Por ello el “tropezar con nosotros mismos” acrecienta el cansancio y desconsuelo, el vacío de existir, en suma, desolación y horror de la muerte<sup>24</sup>.

De aquí la insistencia de San Anselmo de entrar en sí mismo, en el santuario del alma, y buscar a Dios con todo el corazón. Pero las solas fuerzas individuales no bastan: “Pero Tú habitas, es cierto, en una luz inaccesible: ¿dónde está la luz inaccesible?; ¿cómo accederé a la luz inaccesible?; ¿quién me podría guiar e introducir en ella, para que en ella te vea?”<sup>25</sup>. Por eso Dios mismo es quien debe restituirse al hombre, es Él quien debe mostrar Su rostro: “¿Hasta cuándo, Señor, te olvidarás de nosotros? ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de nosotros? ¿Cuándo nos mirarás y nos escucharás?”<sup>26</sup>. Y al habitar Dios en una luz inaccesible, el volver a nosotros y mostrar Su rostro es una efectiva iluminación: “¿Cuándo iluminarás nuestros ojos y nos mostrarás tu rostro? ¿Cuándo te restituirás a nosotros? Atiéndenos, Señor, escúchanos, ilumínanos, muéstratenos tú mismo”<sup>27</sup>. Lo que es menester es que Dios se muestre; entonces y sólo entonces es cuando el hombre tendrá propiamente a Dios; y no lo tendrá perdido, en el modo deficiente de una privación, sino encontrado<sup>28</sup>.

Ahora bien, la situación de ceguera del hombre hacia Dios, la pérdida del rostro de Dios, es algo que afecta al hombre en lo que es. El hombre está encorvado por el pecado: “Señor, estando encorvado, no puedo más que mirar hacia abajo”<sup>29</sup>; y ruega a Dios que lo levante:

<sup>22</sup>MARIAS, J., San Anselmo y el insensato..., p. 9.

<sup>23</sup>“Quo tendebam, quo deveni?... Tendebam in deum, et offendi in me ipsum. Requiem quaerebam in secreto meo, et tribulationem et dolorem invenii in intimis meis”, Prosligion, I. (el subrayado es mio).

<sup>24</sup>Cf. MARIAS, J., San Anselmo y el insensato..., p. 10.

<sup>25</sup>“Sed certe habitas lucem inaccessibilem. Et ubi est lux inaccessibilis? Aut quomodo accedam ad lucem inaccessibilem? Aut quis me ducet et inducet in illam, ut videam te in illa?”, Prosligion, I.

<sup>26</sup>“Usquequo, domine, oblivisceris nos, usquequo avertis faciem tuam a nobis? Quando respicies et exaudies nos?”, Prosligion, I.

<sup>27</sup>“Quando illuminabis oculos nostros, et ostendes nobis faciem tuam? Quando restitues te nobis? Respice, domine, exaudi, illumina nos, ostende nobis teipsum”, Prosligion, I.

<sup>28</sup>MARIAS, J., San Anselmo y el insensato..., p. 12.

<sup>29</sup>“Domine, incurvatus non possum nisi deorsum aspicere”, Prosligion, I.

<sup>30</sup>“erige me ut possim sursum intendere”, Prosligion, I.

“enderézame, de modo que pueda dirigirme hacia arriba”<sup>30</sup>; y este erigir es un levantar el espíritu a la contemplación de Dios. De tal manera que en la visión del rostro de Dios el hombre vuelve a ser lo que es: está hecho (*factus sum*) para ver a Dios<sup>31</sup>, de quien desea de alguna manera (*aliquatenus*) entender Su verdad, “la verdad que cree y ama mi corazón”.

La situación que es el punto de partida del argumento anselmiano es una búsqueda religiosa, no es piedad sentimental, sino una profundización en el interior del hombre: “en el interior del hombre habita la verdad”<sup>32</sup>, dijo San Agustín. Por ahora no se trata de llegar a Dios, sino de contemplarlo; mucho menos de hacer una teoría acerca de un ente pensado, o de un concepto metafísico, Dios no empieza por ser una hipótesis, ni algo necesario para explicar la existencia o el movimiento del mundo. Dios está ya ahí, desde luego en el modo de estar oculto, y sólo bajo el supuesto primario de la Divinidad en que se vive, puede pedir a Dios que se le muestre<sup>33</sup>: “Busco tu rostro; tu rostro, Señor, deseo”.

## El rostro de Dios

La exhortación del espíritu a la contemplación de Dios en San Anselmo, como hemos dicho, no es simple recurso sentimental, sino está inserto, por un lado, en algunas alusiones al hombre interior de la doctrina agustiniana<sup>34</sup>, que Anselmo conoce bien; y por otro lado -si bien se entiende-, no hay temor en admitirlo, es una oración, una plegaria<sup>35</sup>. En la plegaria anselmiana frisa al máximo la intensidad lumínica<sup>36</sup>.

Ahora bien, la oración supone una relación entre el Tú de Dios y el yo de cada hombre. Sólo entre dos libertades personales cabe establecer ese tipo de relación que llamamos oración<sup>37</sup>. Y nuevamente hay que admitirlo sin temor, hablamos en especial de la oración cristiana, fe en la que vive San Anselmo.

<sup>31</sup>Cf. MARIÁS, J., San Anselmo y el insensato..., p. 13.

<sup>32</sup>“in interiori homine habitat veritas”, SAN AGUSTÍN DE HIPONA, De vera religione, XXXIX, 72.

<sup>33</sup>Cf. MARIÁS, J., San Anselmo y el insensato..., pp. 9 y ss.

<sup>34</sup>Confesando San Agustín ante Dios su propia vida, por ejemplo, nos ha legado un profundo ensayo del hombre interior: “...porque tú (Dios) estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo mío y más elevado que lo más sumo mío”, Confesiones, III, 6, 11.

<sup>35</sup>La constante apelación de San Anselmo a algunos textos de los Salmos, de Jeremías, de Job, de San Pablo, dan luz sobre ello.

Cf. MARIÁS, J., San Anselmo y el insensato..., p. 8.

<sup>36</sup>BALTHASAR, H. U. VON, Gloria, II: Estilos eclesiológicos, Encuentro, Madrid, 1985, p. 247.

<sup>37</sup>Cf. PADRES, J., “El Dios de Jesucristo en Joseph Ratzinger”, en: Humanitas, 58. Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile, otoño 2010.

Aquí entramos de lleno en el tema, pues el Dios que busca San Anselmo en la contemplación, el Dios escondido al que pide en oración “escuche”, “atienda”, “restituya”, “se muestre”, no es una entidad abstracta, un concepto, una buena teoría a confirmar, sino el Dios persona de la fe judeo cristiana: Aquel que tiene un Nombre.

El “nombre” designa lo propio de cada uno, una identidad exclusiva<sup>38</sup>; identifica a un sujeto singular que no debe verse sometido a las leyes o criterios generales tales que lo reduzcan a una mera parte del todo, despersonalizándolo<sup>39</sup>. Pues bien, lo que caracteriza la revelación de Dios en la historia es que ha querido manifestar libremente su Nombre. Es la irrupción del monoteísmo judío que será en su plenitud el monoteísmo cristiano. Toda la historia filosófica religiosa de la humanidad se encuentra emplazada ante la escena en la que Dios revela su nombre a Moisés: “Soy el que soy” (Ex 3, 14)<sup>40</sup>.

“Dijo Dios a Moisés: ‘Soy el que Soy’. Esto dirás a los israelitas: ‘Yo soy’ me envía a vosotros”. En esta escena, Dios por un lado preserva su carácter misterioso dando una respuesta que parece inicialmente ocultar su Nombre. Se marca así la diferencia esencial con los dioses y los ídolos y se respeta la incomprehensibilidad divina. Y sin embargo, a la vez ha querido mostrar libremente su identidad dándonos a conocer su Nombre propio<sup>41</sup>. Mediante la iniciativa gratuita de Dios, en la que él ha salido al encuentro de los creyentes, es posible que también ellos salgan a su encuentro. Cuando los hombres descubren que son conocidos por Dios pueden a su vez conocerle y amarle<sup>42</sup>.

Así pues, Dios es un Tú infinito con el que puede dialogar el tú finito, un Absoluto que no sólo es Uno, sino que puede ser interpelado por el hombre<sup>43</sup>, Alguien a quien se puede apelar personalmente, tal como lo hace San Anselmo en la exhortación del espíritu a la contemplación de Dios: “Busco tu rostro; tu rostro, Señor, deseo”. El anhelo originario de ver a Dios había adoptado en el Antiguo Testamento la forma de

<sup>38</sup>En el Apocalipsis: “Quien tenga oídos escuche lo que dice el Espíritu a las Iglesias: Al vencedor le daré el maná escondido, le daré una piedra blanca y grabado en ella un nombre nuevo que sólo conoce el que recibe” (Ap. 2, 17). (Las cursivas son mías).

<sup>39</sup>PADRES, J., “El Dios de Jesucristo...”

<sup>40</sup>Ibid. Ratzinger comentando esta escena en sus implicaciones exegéticas y filosófico-teológicas para mostrar el monoteísmo bíblico, llega a afirmar que toda reflexión posterior es el repensamiento de esta fórmula.

<sup>41</sup>Ibid.

<sup>42</sup>Ibid.

<sup>43</sup>Ibid. Y también se puede confrontar con el ensayo de RATZINGER, J., El Dios de la Fe y el Dios de los Filósofos, Taurus Ediciones, Madrid, 1962, p. 21. “¿Qué significa, pues, este hecho del nombre de Dios? El nombre no es expresión de conocimiento de la esencia, sino que le hace a un ser apelable (con el que puede dialogar), y en cuanto le da apelabilidad, procura ordenación social de lo llamado; de la apelabilidad se sigue la relación de la existencia con el ser a nombrar. Si Dios se da un nombre entre los hombres, no expresa propiamente su ser, sino que, más bien, establece la apelabilidad (el lamentarse), se hace accesible al hombre, entra en relación de la coexistencia con él, o sea admite a los hombres a lo coexistencia consigo”.

“una búsqueda del rostro de Dios”<sup>44</sup>. Aquel que tiene un Nombre propio, tiene un rostro, es un ser personal, libre, capaz de escuchar y ser escuchado, capaz de amar y ser amado.

El término hebreo pānîm (rostro) reconoce a Dios como persona, un Dios más allá de todo y que sin embargo tiene un rostro. En esto el hombre es semejante a él. Por el rostro él puede conocer quién, qué y cómo es Dios. Él ha llamado la atención sobre este rostro, respecto al cual, en lo más íntimo de sí, él está a la búsqueda<sup>45</sup>: “Escucha, Señor, mi voz que te llama, ten piedad de mí, respóndeme: ‘Buscad mi rostro’. Mi corazón te dice: Yo busco tu rostro, Señor: no me ocultes tu rostro” (Sal. 27, 7-9). Dios invita al corazón del hombre: “Buscad mi rostro”; y el hombre responde: “De ti ha dicho mi corazón: buscad su rostro; tu rostro busco, Señor”. El Dios oculto encontrado por el corazón. Hay que insistir: “nombre” y “rostro” no han formado simplemente un concepto, ya que la percepción sensible y la idea del rostro se mantienen esencialmente unidas; la búsqueda de Dios no es un simple ejercicio intelectual, es en toda su plenitud un encuentro con el Dios verdadero, con Aquél que puede cumplir las auténticas expectativas del corazón humano.

Finalmente, para el hombre veterotestamentario, la luz y la vida están mutuamente unidas. Si se habla a la luz del rostro divino, entonces Dios es reivindicado como fuente de vida<sup>46</sup>. Se trata también de la iluminación del corazón, para que el hombre pueda conocer sus pecados: “Pusiste nuestras culpas ante ti, nuestros secretos a la luz de tu mirada” (Sal. 90,8), e inversamente: allí donde Dios aparta su rostro, entonces todo retorna al polvo. Por eso la súplica es para que Dios no oculte su rostro, el ruego es por la vida misma, por la fuerza de la visión, sin la cual nada puede ser bueno, mientras que el silencio de Dios, el velamiento de su rostro, es el castigo por excelencia<sup>47</sup>.

La búsqueda de Dios culmina en la contemplación: “Y yo, en la justicia, contemplaré tu rostro, al despertar me saciaré de tu semblante” (Sal. 17, 15); es el eco constante que se escucha en la tradición judeo cristiana y de la que San Anselmo acoge en su ser y

<sup>44</sup>RATZINGER, J., Caminos de Cristo, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2005, p. 16.

<sup>45</sup>Ibid.

<sup>46</sup> “¡Alza sobre nosotros la luz de tu rostro!” (“Hay muchos que dicen: ¿Quién nos hará ver la dicha, si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?” Sal. 4, 7), con lo cual ruega vida y salvación: “¡Oh Dios restáuranos, muestra tu rostro radiante y nos salvaremos!” (Sal. 80,4. 8.20).

<sup>47</sup> RATZINGER, Caminos de Cristo..., p. 25.

hace vida. Dos cosas a destacar. Primero, lo que permite al orante poder ver a Dios es la justicia, que significa la vida asimilada a Dios<sup>48</sup>. Y segundo, el orante aguarda esta visión, la satisfacción de todo anhelo y felicidad para el momento del despertar<sup>49</sup>. En otras palabras, el hombre aguarda un despertar –en la justicia–, y con él comienza la vida auténtica, que va más allá de lo inmediato, de lo superficialmente material, de una mera temporalidad de la vida terrenal: la existencia es totalmente clara para aquél que busca y conoce con su vida el rostro de Dios, al que contemplará al “despertar”<sup>50</sup>. Restitución personal que no consiste en hundirse en lo indecible, sino en saciarse de su semblante que nos es deparado al despertarnos<sup>51</sup>.

### **El sentido religioso y la pregunta, ¿quién soy?**

El sentido religioso es una cualidad o inclinación viva de nuestra persona que lo orienta para entrar en relación con Dios, se trata de una capacidad que, como todas las demás capacidades humanas, no entra en acto por sí misma, sino debe ser provocada, impulsada, para ponerse en acción. Y esta provocación o impulso que pone en movimiento el sentido religioso del espíritu humano viene de Dios a través de la realidad creada. Por decirlo así, Dios actualiza la vocación original continuándola por medio del mundo<sup>52</sup>. El mundo es signo, un signo que mientras revela, vela. “Verdaderamente tú eres un Dios escondido”, dice el profeta Isaías (45,15: Vere tu es Deus absconditus).

“Instinto religioso y corazón son solamente nombres distintos de una misma y única razón que busca una explicación inteligible del hombre y del cosmos”<sup>53</sup>. El mismo hecho de vivir, de tener consciencia de la propia existencia, inevitablemente exige una respuesta al sentido de la vida, al menos de mi propia vida. He aquí nuestra capacidad de asombro, quizá tan olvidada hoy: sé que soy, y sé que no lo soy todo, hay un mundo que me envuelve: presencia y encuentro. Contrariamente a lo que se piensa, según el cual la elevación religiosa requiere la negación del mundo exterior y el retorno del alma a sí misma –a veces con esfuerzos titánicos–, la “única condición para ser siempre y verdaderamente religiosos es vivir intensamente lo real”<sup>54</sup>.

---

<sup>48</sup>Ibid., p. 23.

<sup>49</sup>Ibid.

<sup>50</sup>Ibid., p. 24.

<sup>51</sup>Ibid., p. 32.

<sup>52</sup>Cf. GIUSSANI, L., *Il senso religioso*, Milán, 1958, p. 3.

<sup>53</sup>Ibid., p. 9. La cita está tomada de JOLIVET, R., *Le Dieu des philosophes et savants*, París, 1956.

Presencia y encuentro vivido de modo inexorable. Se trata de una experiencia original, primordial, que constituye mi rostro de la confrontación con todo. Rostro interior o bien, corazón: “el corazón es el lugar de la experiencia elemental”<sup>55</sup>. De este modo se acoge la acepción bíblico-agustiniana del corazón como sede del ímpetu original de la persona. Dicha acepción afirma que nuestro yo es “inquieto”, y está, pues, marcado por exigencias que urgen hacia una satisfacción total y que encuentran sólo parcial solución en el ámbito del mundo. De aquí nace la búsqueda por parte del yo de algo o alguien que “corresponda” a su corazón.

Esta experiencia de inquietud y búsqueda, San Agustín la resume así: “(Señor) nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”<sup>56</sup>. La respuesta a las exigencias del corazón, que en el fondo no busca “algo”, sino “alguien”, y que no se conforma con “una parte”, sino con el “todo”, es más verdadera cuanto más corresponde a la huella interior, objetiva, que está en la raíz del yo. Teresa de Ávila lo expresará así: “Deseaba vivir porque comprendía bien que no estaba viviendo, sino que estaba luchando con una sombra de muerte, y no tenía a nadie que me diese vida, y ni siquiera yo me la podía tomar, y Aquel que podía dármela tenía razón en no socorrerme, dado que tantas veces me había vuelto hacia Él, y yo le había abandonado” (Vida 8, 2). Teresa vivía, pero sabía que no vivía la esencia de su vida, que no correspondía a la verdad de su propia persona, y que ésta le era dada por Otro.

Así, en San Anselmo, la contemplación del rostro de Dios es un eco constante, dramático, de esta huella interior que ha dejado el Creador en la creatura para que le busque: “Vamos pues, ahora tú, Señor Dios mío, enseña a mi corazón dónde y cómo buscarte, dónde y cómo encontrarte... Ansía encontrarte, y no conoce dónde te hallas. Se propone buscarte, e ignora tu rostro. Señor, tú eres mi Dios y mi Señor, pero nunca te he visto. Tú me has creado y recreado, y me has concedido todo lo bueno que hay en mí, pero todavía no te conozco. En definitiva, he sido creado para verte, pero no he realizado todavía aquello para lo que fui creado”<sup>57</sup>. Y más adelante: “Reconozco, Señor,

---

<sup>54</sup>GIUSSANI, L., El sentido religioso, Encuentro, Madrid, 1986, p. 134.

<sup>55</sup>Cf. GIUSSANI, L., El sentido religioso..., cap. I.

<sup>56</sup>SAN AGUSTÍN DE HIPONA, Confesiones, I, 1, 1.

y te lo agradezco, que has creado en mí esta imagen tuya, para que, recordándote, piense en ti y te ame”<sup>58</sup> .

Ciertamente hay diversos motivos que pueden inducir a una persona a plantear la cuestión de la existencia de Dios. El más profundo tal vez sea éste: poder dar gracias y poder vivir agradecido<sup>59</sup>. La búsqueda anselmiana no es movida sólo por una exigencia intelectual, sino por una experiencia intensa de su propio ser y del mundo en que se encuentra: la ausencia del Bien para el que ha sido creado: “He buscado todo bien, y he aquí la turbación... Quería reír por el gozo de mi alma, y soy forzado a rugir por el gemido de mi corazón. Esperaba la alegría, y he aquí que se suceden los suspiros”<sup>60</sup> . Reconocimiento de su ser creatural, insuficiencia del mundo para saciar el deseo de su corazón. En el fondo, “agradecimiento”, que reconoce como indigno a causa del pecado, o sea, de la negación de Dios no en lo académico, sino en la realización existencial de vida, de la propia vida.

El sentido religioso pide, en su búsqueda, una apertura hacia lo que supera al hombre, una tensión de lo trascendente. “Tú no me buscarías si no me hubieras encontrado ya”, dice Pascal hablando en nombre de Dios, haciendo eco a las palabras de San Agustín en las primeras líneas de sus Confesiones. Como hemos visto, el Proslogion de Anselmo y su constante “búsqueda del rostro de Dios”, bien supone esta ausencia que no es la nada absoluta, sino una posesión incompleta, deficiente, dolorosa incluso, un cierto “ya pero todavía no”, que también manifiesta el “siempre más de Dios”<sup>61</sup>, un ser personal con rostro y nombre propio que no puede ser apresado por nada ni nadie.

De tal manera que el sentido religioso se pone en marcha en la apertura de la “presencia” y el “encuentro” íntimo con lo real, y real es también la misma hondura de mi ser: *abyssus abyssum invocat* (“el abismo implora al abismo”)<sup>62</sup>, que invita a buscar más allá de lo simplemente dado a los sentidos externos, que pide aceptación y

<sup>57</sup>“Eia nunc ergo tu, domine deus meus, doce cor meum ubi quomodo te quaerat, ubi et quomodo inveniatur... Invenire te cupit, et nescit locum tuum. Quaerere te affectat, et ignorat vultum tuum. Domine, Deus meus es, et dominus meus es, et numquam te vidi. Tu me fecisti et refecisti, et omnia mea bona tu mihi contulisti, et nondum feci propter quod factus sum”, Proslogion, I. (el subrayado es mío).

<sup>58</sup>“Fateor, domine, et gratias ago, quia creasti in me hanc imagen tuam, ut tui memor te cogitem, te amem”, Proslogion, I. (el subrayado es mío).

<sup>59</sup>Cf. SPAEMANN, R., La demostración de Dios, Artículo publicado en el diario “Die Welt”, el sábado 26 de marzo del 2005.

<sup>60</sup>“Quaesivi bona, et ecce turbatio!... Volebam ridere a gaudio mentis meae, et cogor rugire a gemitu cordis mei. Sperabatur laetitia, et ecce unde desentur suspiria”, Proslogion, I. (el subrayado es mío).

<sup>61</sup>Cf. SPEYR, A. VON, La misión de los profetas...

apertura a la trascendencia, en otras palabras, la pregunta por Dios. Hay una verdad íntima en mí que necesito acoger.

En Anselmo, esta aceptación y apertura se encuentra ya desde el inicio del primer capítulo del *Proslogion*, donde la condición para que el espíritu vaya a la búsqueda de la contemplación del rostro de Dios, sea el que “entre en la morada de su alma y descanse un poco en Él”; y pide al mismo Dios “se muestre, restituya, atienda”, puesto que habita en “una luz inaccesible”, si no es conducido por Él mismo, no es posible alcanzarlo, y dicho fracaso es el sinsentido absoluto. Todo el dinamismo del ser de Anselmo encuentra su sentido auténtico en poder saciarse del rostro de Dios: “¡Oh corazón mío!, di con todas tus fuerzas, di ahora a Dios: ‘Busco tu rostro; tu rostro, Señor, deseo’”. Todo lo demás es “bueno”, pero no es “el Bien”, el único que hace verdaderamente libre y auténticamente feliz.

Finalmente, aún cuando San Anselmo haya dado la prueba que tanto desesperaba por encontrar y que abrazó con pasión<sup>63</sup>, más adelante padece una fuerte decepción: “¿por qué no te siente el alma, Señor, Dios de mi alma, si te encontró? ¿O no encontró al que encontró que es la luz y la verdad?”<sup>64</sup>; además de las explicaciones que aduce en el mismo argumento, y de un posible natural malestar psicológico que puede causar una prueba que siempre expresa menos de lo vivido en el corazón, quisiera destacar en un punto. En el fondo San Anselmo intuye que a Dios se le conoce en el camino, por eso contemplaremos su rostro al despertar. Por ahora es un “ya pero todavía no”, Dios es un “siempre más”.

Ver a Dios tiene lugar en el modo del seguimiento de Él mismo. Ver es ir, es toda nuestra existencia que está en camino hacia el Dios vivo<sup>65</sup>, no como teoría, no como una buena idea, sino el Dios con rostro propio que puede ser llamado por su nombre –“Yo soy”– y que no es un bien más, sino el verdadero Bien que sacia las expectativas profundas del corazón humano. Caminar es buscar, es esperar, en la justicia, el momento de despertar a la verdadera vida, de la cual, la presente, es una imagen lejana aunque real y digna de la futura.

<sup>63</sup>Cf. LUBAC, H. DE, *Por los caminos de Dios*, Encuentro, Madrid, 1993, pp. 13 y ss.

<sup>64</sup>Cf. “Prólogo” del *Proslogion*.

<sup>65</sup>“Cur non te sentit, domine deus, anima mea, si invenit te? An non invenit, quem invenit esse lucem et veritatem?”, *Proslogion*, XIV.

<sup>66</sup>Cf. RATZINGER, J., *Caminos de Cristo...*, p. 28.

Verdaderamente tú eres un Dios escondido. Ocultamiento y amor, amor que busca y sabe esperar: “Que te busque deseándote, que te desee buscándote. Que te encuentre al amarte, que te ame al encontrarte”<sup>66</sup>.

Esto nos confirma un paso más: la existencia humana es búsqueda y tarea. El telos de la naturaleza humana no consiste en alcanzar la perfección de todas las cualidades inherentes a la persona, sino en perfilar la identidad irrepitable de la persona. Y esta identidad es una identidad en proceso, una identidad que apunta a un final significativo. O dicho de otra manera, la persona se caracteriza por vivir en un proceso de identificación, al final del cual podrá decir y ser quién es<sup>67</sup>. La identidad personal recibe su respuesta en el sí del camino personal de la propia misión, única e irrepitable. En San Anselmo, éste buscar el rostro de Dios es una tarea que le indica la esencia de su ser: “Viniendo a Dios, viene el hombre verdaderamente a sí mismo. Sostenido por la personalidad primordial de Dios, el hombre llega a ser verdaderamente persona”<sup>68</sup>.

Esa identidad que se busca no se tiene en claro mientras se está buscando, no se reduce al lugar consciente y actual en el que me encuentro ahora (por eso el hombre va tanteando, se equivoca o acierta, se dan en él encuentros y reconocimientos, o extravíos y extrañezas). Si esto es así, significa que esa identidad que buscamos, esa realización personal, se encuentra de alguna manera en germen en el fondo de nuestra personalidad, es esa verdad íntima de la que hablan algunos poetas y filósofos (llámese yo profundo, daimón, o personalidad escondida, etc.) y que intentamos ir objetivando y realizando a lo largo de la propia vida<sup>69</sup>.

En la existencia cristiana, esa identidad que buscamos no se encuentra tanto en el pasado, sino en el futuro, es algo que nos reclama desde el final, y ese reclamo lo vamos descubriendo (o perdiendo) a través de nuestras decisiones históricas. Pero entonces eso que estamos llamados a ser (“vocación”, “misión”) está fundado por alguien, no es la resultante ciega de fuerzas que empujan desde

---

<sup>66</sup>“Quaeram te desiderando, desiderem quarendo. Inveniam amando, amem inveniendo”, Prosligion, I.

<sup>67</sup>TERRASA, Llamada de Dios..., p. 245.

<sup>68</sup>BATHASAR, Teodramática, vol. III, p. 195.

<sup>69</sup>TERRASA, Llamada de Dios...

atrás, sino la idea de alguien que llama y nos atrae desde el final, es decir, desde nuestro ideal o perfección personal. Existe Alguien que es capaz de nombrarnos de una manera radical<sup>70</sup>. Llamado como origen: creación inicial y punto de llegada, tensión hacia la eternidad.

### **Vayamos concluyendo**

Hemos dicho al inicio que el hombre es un ser llamado a la existencia. No se ha dado a sí mismo el ser. Es Dios quien le crea. “Le crea, más bien, por un acto que sienta de antemano y fundamenta por ello su dignidad: por la llamada. Esto significa que Dios llama a la persona a ser su tú o, más exactamente, que Dios mismo se determina a ser el Tú del hombre”<sup>71</sup>. Este argumento es el que caracteriza la respuesta cristiana a la pregunta sobre el fundamento de la existencia personal:

Cada ser humano recibe un nombre propio de Dios; pero este nombre no consiste en una simple fórmula para designar a un sujeto que ya ocupa un lugar en la existencia, sino que ese nombre coincide con el origen de la propia identidad, establece el comienzo del quién que cada uno es. Esto es así porque esa llamada personalísima de Dios es lo que lo constituye, de una manera única e irreplicable, en la existencia<sup>72</sup>. Para decirlo de otra manera, Dios al llamarnos a cada uno, en un mismo acto nos entrega nuestro nombre y nuestra misión en la vida, nuestra identidad e identificación. Llamar incluye dos aspectos o momentos indisolublemente unidos: poner un nombre y destinar. Es decir, en la llamada se recoge la identidad y la misión, el quién y el contenido de la propia existencia. Por eso la vocación no es algo que se añade a la persona ni algo que sólo incida accidentalmente en ella, sino que forma parte esencial de la propia identidad: identidad y vocación forman una unidad indivisible<sup>73</sup>.

Tal es la razón por la que no se puede separar identidad personal y la misión o vocación que Dios nos asigna en la existencia, al pronunciar mi nombre.

---

<sup>70</sup>Ibid., p. 246.

<sup>71</sup>GUARDINI, R., Mundo y persona, Encuentro, Madrid, 2000, p. 123.

<sup>72</sup>TERRASA, E., La distinción entre ser creado y ser llamado, p. 316.

<sup>73</sup>Ibid., pp. 320 y ss.

El camino de la identidad personal, pues, está en ser llamado/ creado por Dios. Y cada hombre tiene la tarea de llegar a ser él mismo: ser auténticamente yo. La respuesta al llamado siempre es libre, por eso se puede frustrar la realización personal: no lograr ser realmente yo<sup>74</sup>. Dios conoce y ama a cada uno, y este conocimiento y este amor se identifican con su llamada creadora: llama a la persona amada al ser. A cada uno lo llama por su nombre irrepetible<sup>75</sup>.

Anselmo, que desde niño - como narra su biógrafo Eadmero - imaginaba la morada del buen Dios entre las altas y nevadas cumbres de los Alpes, soñó una noche que era invitado en este palacio espléndido por el mismo Dios, que se entretuvo mucho rato y afablemente con él y al final le ofreció de comer “un pan blanquísimo”. Este sueño le dejó la convicción de ser llamado a cumplir una alta misión. Murió el 21 de abril de 1109, acompañado por las palabras del Evangelio proclamado en la Santa Misa de aquel día: “Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino...” (Lucas 22,28-30). El sueño de aquel misterioso banquete, que había tenido desde pequeño, precisamente al principio de su camino espiritual, encontraba así su realización. Jesús, que le había invitado a sentarse a su mesa, acogió a san Anselmo, a su muerte, en el reino eterno del Padre<sup>76</sup>.

“He sido creado para verte, pero no he realizado todavía aquello para lo que fui creado” (Prosl., cap. 1), pero “yo, en la justicia, contemplaré tu rostro, al despertar me saciaré de tu semblante” (Sal. 17, 15).

Quizá la identidad personal y el sentido religioso pueden encontrar una de sus mejores expresiones en Anselmo en esta plegaria: “Dios, te lo ruego, quiero conocerte, quiero amarte y poder gozar de ti. Y si en esta vida no soy capaz de ello plenamente, que al menos

<sup>74</sup>“¡Escúchame, oh mi querido Señor! He vivido ya bastante tiempo en ese estado fluctuante, indeciso y mediocre; quiero ser tu fiel servidor, no quiero pecar más. Sé misericordioso conmigo, haz que, por tu gracia, me sea posible llegar a ser ese que debería ser”. NEWMAN, J. H., *Meditaciones y Devociones*, Parte 3, IV: Sin, § 2. (Las cursivas son mías).

<sup>75</sup>TERRASA, *Llamada de Dios...*, pp. 249 y ss. “La persona brilla con un resplandor singular en el individuo cuando Dios, el único por excelencia, se dirige a ella otorgándole un nombre también único (...) Algo del resplandor de este carácter único de la divinidad se proyecta sobre la faz del elegido, le eleva por encima de su especie natural y le aparta para una cara a cara con Dios, situación que, por otra parte, no le arranca del mundo, sino que lo capacita para realizar la tarea confiada por Dios en medio de sus hermanos los hombres. Vocación en sentido específico significa siempre equipamiento para una misión en el mundo, cuyo contenido forma parte del proyecto de Dios sobre el mundo”. BATHASAR, H. U. VON, *Teodramática*, vol. II, pp. 374 y ss.

<sup>76</sup>Cf. La ya mencionada catequesis del Papa, “Benedicto XVI: San Anselmo, teólogo, maestro y pastor valiente”. En Audiencia General, miércoles 23 de septiembre, 2009.

cada día pueda progresar hasta cuando llegue a la plenitud” (Prosl., cap.14). “Que te busque deseándote, que te desee buscándote. Que te encuentre al amarte, que te ame al encontrarte” (Prosl., cap. 1). En resolución: vivir la esencia de la propia vida hasta el final.